

JEREMÍAS Y LA QUINIELA

POR JAVIER SÁNCHEZ FERNÁNDEZ

Jeremías no quería estudiar. No podía estudiar. Primero sí: clavaba firmeza los codos en el libro y se sujetaba la cabeza con las manos mientras leía maquinalmente el comienzo de la lección. Tal y como le había dicho don Alfredo. Pero después, poco a poco, iba aflojando la postura y se quedaba con la barbilla apoyada en el libro inútilmente abierto, justo encima del mapa físico de Europa.

¡Riiinnng...! Respingó.

—¡Véte a tu casa a seguir durmiendo, Jeremías, ya veremos en el próximo ejercicio! —le decía don Alfredo desde la puerta del aula.

Todo el mundo salió.

Bajó a la calle y empezó a caminar hacia su casa. Algo le preocupaba tremendamente, pero no acertaba a adivinar qué era. Estaba intentando precisar cuando alguien lo llamó.

—¡Oye, tú!

Se volvió. Era García.

—¿Qué?

—¿A dónde vas?

—A mi casa. Tengo que merendar.

—¿Y luego? ¿Quiéres que te espere abajo; meriendas y bajas?

—Tengo que estudiar —dijo al fin.

Eso era lo que le preocupaba. Se pasaba la vida con el libro abierto delante de la nariz. Era un auténtico prisionero de sus padres y profesores, del librito de notas, de los castigos, de los ejercicios y exámenes que tenía casi continuamente, y que inventaba o dejaba en blanco siempre.

Siguieron juntos.

—Te pasas la vida estudiando y, luego, en clase, no das una —dijo García—. Yo estudio mucho menos que tú y saco mejores notas. Oye, ¿sabes qué tengo?

Se pararon.

—No.

—Una rana —dijo García, con amplia sonrisa. Jeremías lo miró boquiabierto.

—¿De dónde la has sacado?

—Me la ha traído el novio de la “chacha” que vino ayer del pueblo. Y me va a traer más.

Hubo una corta pausa y siguieron andando.

—¿Cómo se llama?

—Cipriano.

—No, hombre, al rana.

—¡Ah! Robleda. ¿Te gusta?

Jeremías lo pensó. No sabía si le gustaba. No entendía mucho de ranas. De todas maneras, García era afortunado.

—No está mal —contestó.

—¿Y el núm. 1 y núm. 2, qué tal siguen? —volvió a preguntar García.

—Bien. Dentro de muy poco harán capullo.

—¿Si tuvieran cien les pondrías nombres a todos?

—Claro.

—¿También con número, verdad?

—Sí.

—¿Y cómo les podrías llamar a cada uno por su nombre, si son todos iguales?

—Eso a ellos no les importa mucho. Ya me he dado cuenta.

Otro silencio, y llegaron a casa de Jeremías.

—Bueno, aquí me quedo —dijo.

—Oye, espera —dijo García—. Te vendo la rana por cinco duros. ¿Te va?

—Sólo tengo dos.

—Bueno, pues nada. Necesitaba cinco. Adiós.

Jeremías empezó a subir la escalera lo más lentamente posible acariciando los dos duros dentro del bolsillo. Las notas eran la causa de que no percibiera de sus padres cantidad alguna de dinero. Pensaba en una película que ponían cerca de su casa; en los juegos electrónicos del bulvar; en las carreras de caballos; en la rana de García..., cuando su padre abrió la puerta.

—Te has vuelto a retrasar, así que ahora te tomas la merienda mientras estudias. Y que no te vea yo salir de tu cuarto hasta que te llamen a cenar.

De nuevo allí. Como cada tarde. Allí estaba, pero sólo de una manera corporal, física. Sobre el libro, y era consciente, tristemente consciente de todo ello.

Ni siquiera intentó poner la postura que le aconsejara don Alfredo. Era inútil, y lo sabía. Hundió la mano abierta en el poblado flequillo, y posó la mirada soñadora en una goma de borrar que, al momento, daba brincos por el cuarto, como una rana.

Las voces de su padre empezaron al otro lado del tabique. La rana, que saltaba y saltaba, se desvaneció y quedó convertida, de nuevo, en una estática goma de borrar.

—No da golpe, no da golpe. Y no sé que se ha pensado. ¿Que va a heredar? Porque este se cree que va a heredar algo de mi. De otra forma no me lo explico.

—No digas eso, hombre, y baja la voz. Ahora está estudiando. No se le oye ni respirar —decía la madre.

—Te digo que nos toma el pelo. Es un vago. Porque tonto, siendo hijo mío, no es. Lo que ocurre es que no le da la gana. Nada más.

—Pues castígale.

—¡Pero si ya no se me ocurren castigos!

—Quítale esos gusanos que tiene en una caja de zapatos, que a saber si no propagarán alguna enfermedad.

—Y cuando le quite los gusanos, ¿qué le quito luego?

Jeremías escuchaba conteniendo la respiración.

—Pues quítale uno, y al próximo cero que traiga, el otro. Así estiras un poco más el castigo; mientras, se nos ocurrirá algún otro.

Ya no hablaron más. El padre, algo aliviado, meditó la idea y pensó si sería capaz de coger con los dedos al gusano.

Al día siguiente, se encontró con García en la puerta del colegio, y se lo contó todo.

—¿Así que ya sólo te queda el n.º 1?

—No, el que me queda es el n.º 2.

—Oye, ¿quieres que juntemos a Robleda con el número 2?

Jeremías iba a decir que sí, pero luego se acordó que en el libro de Ciencias las ranas venían representadas en láminas de colores, atrapando gusanos con la lengua, y lo consideró peligroso.

Entraron en el aula.

—Hoy hay examen —susurró García.

Nunca se enteraba de cuándo había ejercicio. Había oído que eran quincenales, pero le parecían mucho más frecuentes. El de esa mañana era difícil y no podía improvisar. Plantó los codos sobre la cuartilla en blanco, y se pasó todo el tiempo mirando por la ventana, a lo lejos; muy lejos de aquel inoportuno examen.

Ese día, Jeremías salió antes de la hora, porque don Alfredo le había dicho que se fuera a la calle a hacer el gandul. Y disfrutó de media hora libre, para poder pasear, antes de la hora prevista para volver a casa. Llovía muy fuerte, pero eso no era impedimento para él. Por el contrario, caminaba sin precaución alguna, mojándose todo lo que podía y quería. Al pasar frente a una oficina de Apuestas Mutuas se detuvo. Dudó un instante, y por fin entró. Cogería un boleto que al menos era gratis, y luego, quizá, lo rellenaba con los dos duros que tenía. Lo tomó y lo miró un rato. Luego, decidido, sacó un bolígrafo mordido totalmente por un extremo y empezó a colocar equis, unos y doses en las casillas del boleto. No dejaba de pensar en el pobre n.º 2 que, ajeno a su suerte, estaría comiendo morera en la caja de zapatos. Se quedaría sin él en cuanto supiera lo del nuevo suspenso. Puso su nombre con letra clara: Jeremías Miranda; luego, su dirección y lo entregó. Al salir, la lluvia hacía cesado; el sol asomaba. El cielo era una gran franja de colores, y él se puso en camino hacia su casa, respirando el frescor del ambiente recién mojado.

Era viernes, y sabía qué fin de semana le esperaba. Su padre llevaba una implacable cuenta de lo que Jeremías tenía que estudiar y ya se lo había recordado por la mañana: álgebra; el sistema circulatorio; la ocupación árabe; la doctrina católica; el análisis sintáctico, con oraciones subordinadas y todo y... No se acordaba de más, pero sabía que había más cosas para estudiar aquel fin de semana.

—¡Mira como vienes! —le recibió su madre—. Parece que has salido de un naufragio.

—Es que llovía —respondió lacónicamente Jeremías.

—Pues ponte ropa seca, y a estudiar que tu padre no tardará.

Así fueron pasando las interminables horas de aquellos dos días. Jeremías, muy distante del libro que tenía bajo los codos, alimentaba sin cesar su calenturienta imaginación, que se perdía en los más descabellados lugares y entre las más descabelladas situaciones. Algo había que hacer para no morir de tedio allí sentado, horas y horas. El padre le preguntaba, de vez en cuando, desde la otra habitación:

—Jeremías, ¿te sabes ya eso?

—Me falta poco —contestaba con muy poca convicción.

Los días estaban divididos por los almuerzos. Toda su vida en casa

estaba comprendida en el antes y después de comer, y en el antes y después de cenar. Pero, a fin de cuentas, daba lo mismo. Lo que tenía que hacer a todas horas era sentarse ante un libro abierto y poner los codos sobre él.

Era domingo por la noche. El padre de Jeremías entró en su cuarto para advertirle que ya tenía la cena puesta y, en vez de encontrarle estudiando, le sorprendió desdoblado un papelito.

—¿Es así como estudias? —gritó—. Trae acá eso —y se lo quitó de un manotazo.

Era el resguardo de la quiniela. El padre lo miró y luego lo miró a él. Se puso rojo y se le hinchó la vena del cuello. Luego salió gritando de la habitación. Jeremías sabía que cuando ocurría lo de la vena, lo mejor era desaparecer y optó por sentarse a cenar silenciosamente.

Sirvieron la fruta y luego el café, como siempre. El padre terminó el primero, se levantó y se fue a su sillón de siempre, encendiendo el puerito de siempre frente al televisor. Todo había sido sin una palabra, sin una mirada. Al fin, la madre preguntó:

—¿Qué haremos con él este verano, si suspende el curso?

—¡Chsst! —le cortó el padre subiendo el volumen del aparato.

El locutor seguía:

—At. de Bilbao - Zaragoza, X; Osasuna - Elche, 2...

El padre se irguió del asiento mirando la quiniela que tenía en la mano. Jeremías no comprendía bien. Pero dado el color pálido que presentaba esta vez la cara de su progenitor, intuía que el asunto en cuestión, no sabía cuál, podría ser muy peligroso. El locutor concluyó: "Oviedo-Las Palmas, 2", y el padre de Jeremías se puso de pie de un salto.

—Elvira —dijo con voz débil. Su esposa que hacía rato le miraba con atención, le contestó.

—¿Qué pasa?

—Tu hijo ha acertado una quiniela de catorce resultados.

.....

Se despertó a mitad de mañana y nadie le había avisado para ir al colegio. El padre tampoco había ido al trabajo y hablaba continuamente por teléfono, atendiendo a llamadas que se sucedían a cada instante. Oía a su madre que atendía a llamadas a la puerta y que hacía pasar gente al cuarto de estar desde donde llegaban voces conocidas, risas y vasos. A su padre se le podía oír muy claramente:

—¡El único acertante! ¡He sido el único acertante! ¡Primero me decían que cuarenta, y hace un momento que sesenta! ¡Sesenta millones!

Jeremías sabía a qué venía todo aquello. Se vistió y fue al cuarto de estar. Había gran cantidad de vecinos y familiares. Pasó ante todos ellos, pero nadie pareció verle. El padre que reía continuamente, le cogió de un brazo y lo llevó a un rincón.

—Toma —le dijo poniéndole un billete de cien pesetas en la mano. Ahora vete al colegio y llama bruto a ese don Alfredo. O vago, o cretino, o lo que se te ocurra.

—¿Cómo? —dijo Jeremías balbuceante, con la boca de par en par.

Pero ya su padre se había ido dando grandes carcajadas y se mezclaba entre el grupo de personas que hablaban, reían y hacía sonar los vasos.

Jeremías no lo pensó dos veces. Se precipitó a la escalera y ganó la calle lo antes que pudo. Debía estar muy próxima la hora de la salida y quería llegar al colegio antes que la gente se marchase.

Corrió todo lo que pudo. Le faltaba poco para llegar cuando divisó a García que salía. Le hizo señas con la mano para que lo esperase. Corrió hasta él. Cuando llegó junto a su compañero, apretando en la mano el billete de cien pesetas, le gritó jadeante:

—¡Te compro la rana!

García lo observó.

—... Es que la “chacha” ha reñido con su novio, y como ya no voy a tener más, pues... ha subido de precio.

Jeremías sonrió.

—No importa —dijo. Te la compro.